

La oveja 'negrísima'

ISRAEL SÁNCHEZ

Como la mayor de 13 hermanos, Graciela Iturbide recuerda a su madre siempre entregada a su cuidado.

“Era como la mamá perfecta, santa. Lo cual, a veces a mí no me gustaba que fuera tan santa; como que quería que se rebelara de repente en ciertas cosas. Yo era muy rebelde desde chiquita”, admite la fotógrafa, cuyas elecciones profesionales no pasaron desapercibidas en la familia.

Aunque fue su padre, comerciante de textiles y fotógrafo amateur, quien le regaló su primera cámara, una Kodak Brownie, a los 11 años. La pequeña Graciela empezaba a capturar sus primeras imágenes, mientras educaba la mirada con las fotografías de Henri Cartier-Bresson, Robert Frank, Eugene Smith y demás fotógrafos de la revista *Life*, que llegaba a su casa.

“Yo soy la oveja, no negra, ¡negrísima! ‘¿Cómo una mujer fotógrafa?, ¡qué horror!’; ‘¿Cómo una mujer que va a Cuba?, ¡qué horror!’; ‘¿Cómo una mujer que hace cine?’”, evoca, pues había un rechazo hacia la industria del cine.

Incluso, hubo un rompimiento familiar cuando Rebeca Iturbide, prima de su padre, de-

cidó dedicarse a la actuación. “Vivía enfrente de mi casa y no la volví a ver desde que hubo esta separación de mi familia”.

Igual de escandaloso fue su divorcio del arquitecto Manuel Rocha Díaz, con quien se casó en 1932, a sus 20 años, y procreó 3 hijos: Manuel, Claudia –quien murió a los 6 años, haciendo de la muerte y el duelo un tema en su trabajo– y Mauricio.

Fue gracias a las becas y a sus premios que pudo mantener su independencia.

“A lo mejor en mi casa no había mucha comida en el refrigerador cuando me divorcié, pero había rollos. Afortunadamente, mis hijos lo entendieron muy bien”.

